

Rafael Solana

# El oficio de escribir

Mario Saavedra

*El 7 de agosto se cumplirá un siglo de la llegada al mundo de quien se convertiría en un fértil polígrafo de la literatura mexicana: Rafael Solana. “Escribir o morir” habría sido la divisa vivencial del hombre que tocó prácticamente todos los géneros, desde la poesía, el cuento, la novela, el periodismo cultural, la crónica de viajes, la dramaturgia, con una creatividad inagotable.*

*Me levantaré de mi asiento —el que me tocó ocupar en la vida, y que nunca intenté dejar por buscarme otro mejor— satisfecho de haber disfrutado la función, que, como todo, llega un día a su conclusión. No me desbarataré en la imploración de encore alguno, ni me aferraré a la butaca desde la que vi pasar la vida hasta esperar a ser violentamente expulsado de ella. Setenta y siete años ya fue mucho, y no espero llegar ya a otro cumpleaños... ¡Una emoción absolutamente distinta, digamos contraria, es la que abriga quien, fatigado ya por una larga navegación de la vida, busca signos de que ya esa peregrinación va a llegar a su término!*

R. S.

Hijo del reconocido cronista taurino Rafael Solana Verduguillo, quien lo introdujo en los más disímiles campos de la cultura y del arte mexicanos en las décadas de los veinte y los treinta, Rafael Solana Salcedo nació en el puerto de Veracruz, el 7 de agosto de 1915. Hizo sus primeros estudios en la Ciudad de México, donde después cursó también materias de las carreras de leyes y letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. De-

mostró desde muy temprano, a los escasos trece o catorce años, una férrea vocación primero como periodista y luego como escritor, disposición la primera que comenzó a desarrollar —por influencia, también de su padre— desde 1929 en el periódico *El Gráfico*. A los 16 años, en 1931, concibió un hermoso compendio de relatos a partir de *Una excursión a Acapulco*, texto de sorprendente precocidad por su elegante escritura y el gallardo empleo de variados recursos narrativos, que él mismo editó y encuadernó; dedicado a su hermana Gina Solana, a sus tíos maternos Ana Salcedo de Muñoz y Diego Muñoz, y a su prima Ana María Muñoz Salcedo, reveló el notable talento de quien desde entonces intuyó que sería escritor. Inicialmente cronista taurino, también como su progenitor, desde esos mismos años empezó a publicar en otros periódicos de la capital y del interior de la República, aptitud que lo llevó pasado el tiempo a ser uno de los periodistas más importantes y versátiles del diarismo mexicano: *El Universal Gráfico*, *Diario del Sureste*, *El Nacional*, *Todo*, *Cine*, *Rotofoto*, *Hoy*, *Mañana*, *Siempre!*, *Jueves de Excelsior*, *Excelsior*, *La Prensa Gráfica*, *El Taurino*, *Toros y Deportes*, *Multitudes* (director), *Claridades* (director), *El Tórito*, *Última Hora*, *El Mundo*, *El*



Rafael Solana

*Heraldo de San Luis, El Heraldo de Zacatecas, El Heraldo de Aguascalientes, El Universal y El Día*, entre otros muchos. En 1960, reunió muchas de sus críticas y crónicas teatrales en *Noches de estreno* (Oasis, 1960), tal y como había hecho bastantes años atrás con sus juveniles crónicas taurinas *El crepúsculo de los dioses* (Multitudes, 1943), que firmaba con el seudónimo de José Cándido.

Autoridad en prácticamente todos los géneros y los campos del periodismo nacional e internacional (política, cultura, espectáculos y hasta deporte), a lo largo de más de cincuenta años fue reportero, cronista, editor, articulista y crítico. Rafael Solana también tuvo que ver con otras publicaciones como *Letras de México* (director), *México en el Arte* (fundador y director), *El Hijo Pródigo*, *Nouvelles du Mexique*, *Estaciones y Cuadernos de Bellas Artes*. Humanista que entabló relación con los más de los quehaceres artísticos, que estudió a fondo y alentó como pocos, llegó a la literatura siendo también muy joven: “Su primera colaboración periodística fue un dibujo que apareció en el *Heraldo de los Niños*; sus textos iniciales, unos cuentos publicados en la página infantil de *El Gráfico* en 1929, cuando tenía catorce años...”<sup>1</sup>

Aparte de su carrera como periodista versátil e incansable, el no menos plural y largo transitar literario de Rafael Solana comenzó en 1934 con la publicación de *Ladera*, poemario donde manifestó un precoz talento lírico. La aparición de *Taller Poético* en 1936, cuando apenas tenía 21 años, y del cual fue su único fundador y director (Miguel N. Lira lo imprimía), subrayó dicha vocación. En ese mismo 1936, él y Alberto Quintero Álvarez —prematuramente muerto y hoy casi del todo

olvidado— convidaron al para entonces ya reconocido escritor y miembro de la generación precedente Contemporáneos: Jaime Torres Bodet, para hacer un número especial en conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Garcilaso de la Vega: *Tres ensayos de amistad lírica para Garcilaso* (1936). Este texto, con tres luminosos ensayos de dos diferentes promociones literarias (Contemporáneos y Taller) en torno a la vida y la obra del incomparable poeta toledano del Renacimiento, fue publicado precisamente por *Taller Poético*, y en buena medida marcó la pauta de una revista que aparece entre las de vital trascendencia al abordar nuestro fenómeno literario en la década de los treinta:

Me toca hablar de *Taller Poético*, la revista que hice yo solo o casi, y cuyo propósito era el de lograr la concordia entre todos los poetas existentes en México; era una revista de unificación. Yo fui el único responsable de ella, y el que la hizo físicamente posible, y el que me ayudó a imprimirla, a un costo que no se parecía al de las imprentas comerciales, fue Miguel N. Lira, que tenía y manejaba él mismo una prensa de mano, en General Anaya. Compraba yo el papel, poco, porque nuestras tiradas eran muy cortas, pero muy fino, y yo mismo vendía las suscripciones o los números sueltos. La revista habría debido llamarse, para que su nombre correspondiera exactamente a su idea, *Panteón*, pues se trataba de levantar un templo en el que fueran adorados todos los dioses, los más antiguos o los más nuevos; pero en México “Panteón” no quiere decir lugar de adoración de todos los dioses, sino depósito de cadáveres, y hubo que buscar otro nombre. Dimos con el de *Taller Poético*, que puede equivocar a los historiadores. Era la época de LEAR (Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios) y todo lo proletario estaba de moda [...]; pero la palabra “Taller” no estaba en nuestro título usada en sentido demagógico, obrero, proletario, sino en uno académico, de laboratorio; queríamos decir, con ese nombre, “lugar en que se trabaja para hacer poesía”; nos considerábamos aprendices, gente dispuesta a trabajar, a pulir, a sudar en el aprendizaje...<sup>2</sup>

Además, dentro del mismo género lírico, Rafael Solana publicó, de igual forma con el propio sello de *Taller Poético*, *Los sonetos* (1937), el último de los títulos allí editados antes de pasar a la consecuente e inmediata revista *Taller*, que tuvo una nómina estelar, pues en los cuatro números de *Taller Poético* habían visto la luz textos líricos de Enrique Asúnsolo, Efrén Hernández, Vicente Magdaleno, Octavio Novaro, Salvador Novo, Carlos Pellicer, Enrique González Rojo, Elías Nandino, Bernardo Ortiz de Montellano, Jaime Torres Bodet, Car-

<sup>1</sup> Cristina Pacheco, “Rafael Solana, gran señor de las letras: cincuenta años al servicio del periodismo”, *Siempre!*, número 1392, p. 28.

<sup>2</sup> Rafael Solana, “Presentación” a *Taller Poético (1936-1938)*, FCE, México, 1981, Colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas, p. 9.

men Toscano, Nefalí Beltrán, Enrique González Martínez, Xavier Villaurrutia, Luis Cardoza y Aragón, Octavio Barreda, Jorge Cuesta, José Moreno Villa, Rodolfo Usigli y los propios Alberto Quintero Álvarez, Efraín Huerta, Octavio Paz y Rafael Solana. Apertura obligada con la cual Solana y sus para entonces ya cercanos condiscípulos (Huerta, Paz y Quintero Álvarez) dieron cabida a otros géneros, a la prosa, *Taller* terminó por definir las innegables aportaciones de esta generación al contexto de la literatura mexicana del siglo pasado:

El primer *Taller* no poético apareció en diciembre de 1938, y casi puedo decir que también lo hice yo solo, desde dibujar la cabeza hasta ir a formar en la imprenta. Contuvo algunos fragmentos de Octavio Paz, en prosa, versos de Efraín Huerta, un pequeño artículo, en la sección de notas, de Alberto Quintero Álvarez, y unos apuntes míos para acompañar las reproducciones de algunos cuadros de María Izquierdo. También vinieron allí el famoso “Retrato de mi madre” de Andrés Henestrosa, y algunos poemas de Federico García Lorca, con ilustraciones de José Moreno Villa. Francamente, el número no estaba mal. En el segundo, que sólo pudo aparecer en abril de 1939, aunque la revista se había anunciado, al nacer, como mensual, colaboraron Efraín Hernández, José Revueltas y, con poemas, Quintero Álvarez; Octavio Paz y yo sólo aparecíamos como autores de notas. De Juan Gil Albert, que acababa de llegar a México con la inmigración política española, publicamos, en forma separable, “A los sombreros de mi madre” y otras elegías [...] Todavía figuré yo prominentemente, más que los otros tres responsables de la revista, en los dos siguientes números, el tercero y el cuarto. Tuve por entonces que hacer un viaje a Italia, que se prolongó por algunos meses, y en ese tiempo por completo me despegué de la dirección; recuerdo haber enviado alguna colaboración poética, desde el norte de África; pero no supe más de la suerte de la revista [...] Octavio Paz desde el primer momento asumió la dirección efectiva, que generalmente en estos casos en que figuran varios editores responsables en realidad solamente uno desempeña; ese uno fui yo mismo en los cuatro primeros números, y Octavio Paz en los ocho restantes, pues la revista llegó hasta doce, para morir en 1940...<sup>3</sup>

De esos años es también su primera novela: *El envenenado* (1939), primer intento de narración psicológica que pretendía ser el título inicial de un tríptico. A su regreso de Europa publicó otro poemario más, *Los espejos falsarios* (1944), donde incluyó “Cinco veces el mismo soneto” y otras composiciones en verso libre, estas últimas muy influidas por las que eran las nuevas co-

rrientes de la poesía en el viejo continente. Libro elemental en la producción poética de Rafael Solana, contiene un prólogo luminoso y entusiasta de su amigo cercano Alberto Quintero Álvarez, que por cierto murió pocos años después:

Me acuso de haber temido, alguna vez, por el destino poético de Rafael Solana. Cuando le conocí, en 1936, habría publicado ya dos precoces, juveniles libros de versos: *Ladera*, cuyo título fue deliberado con papelillos dentro de un sombrero, según supe después, y *Los sonetos*, cuya edición de veinticinco ejemplares se agotó momentos antes de que yo, recién llegado a la capital, abriera los ojos a la existencia de una nueva juventud de poetas. Había perdido además mi reciente amigo los originales de un primer libro que debió haber escrito mientras cambiaba de voz, y cuyos tres capítulos, el primero con treinta y cuatro cantos y el segundo y el último con treinta y tres, terminaban en “estrellas”, como en la *Divina Comedia*. Nadie hubiese creído sus veinte años a aquel animoso autor que, no conforme con la paternidad de un libro muerto y dos vivos, era también director y fundador de *Taller Poético*, la revista inolvidable que operó el milagro de congregarnos y que fue, a partir de entonces, nuestra verdadera fragua lírica con vista a la calle [...] Sin embargo, aquella fiebre y aquel entusiasmo juvenil por la poesía pronto hubieron de serenarse. Después de publicado su “Ensayo de amistad lírica para Garcilaso”, primero de sus trabajos en prosa, en un tomito de homenaje que contiene también un ensayo de Jaime Torres Bodet y otro mío, las tempranas lluvias poéticas de Rafael Solana amainaron [...] No es de ningún modo este lustro de lírica ausencia lo que motivó mis temores por su destino poético, pues jamás he creído que la falta de actividades visibles determine el enmudecimiento del artista. Incluso puede ser lo contrario. Las causas de mi engaño fueron más bien una falta de trato íntimo posterior al nacimiento de nuestra amistad, y las consecuentes impresiones distantes que me daban ahora su manera de triunfar en la vida, su despreocupación y hasta su ligereza aparentes. Me parecía que todo su juvenil entusiasmo se desviaba, movido por nuevas aspiraciones mucho menos valederas que la poesía, y que no sólo su simpatía ciudadana, sino también su privilegiada inteligencia, iban aplicándose a la conquista de una juventud brillante [...] Rafael Solana, en palabras de nuestro argot refranero, es una música, un simulador de sonrisas y veleidades, un señor que por fuera se divierte con fuego y por dentro tiene la música auténtica, o bien tiene la música refranesca por fuera y por dentro el fuego sagrado...<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Rafael Solana, “Presentación” a *Taller (1938-1939)*, FCE, México, 1982, Colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas, pp. 13-14.

<sup>4</sup> Alberto Quintero Álvarez, “Prólogo”, Rafael Solana, *Los espejos falsarios*, Géminis, México, 1944, pp. 9-11.

Otros títulos suyos de poesía son *Alas* (Estaciones, 1958) y su ulterior concluyente, en materia poética, *Todos los sonetos* (Ecuador 0°0'0", 1963), poemario definitivo que la Universidad Veracruzana y el Gobierno del Estado de Veracruz, a través de la Secretaría de Educación y Cultura, reeditaron en 1988. Una especie de *encore* poético, como él mismo le llamó, fue *Pido la palabra* (Pájaro Cascabel, 1964).

El propio Rafael Solana se refirió de manera reiterativa a la forma en que los géneros fueron apareciendo en él, y si el ímpetu poético lo subyugó en su primera juventud, enseguida lo hizo el cuento, que predominó en toda la década de los cuarenta. Así surgió *La música por dentro* (Génesis, 1943), libro bajo el doble sentido de un título revelador y mordaz, y donde se agrupan cinco cuentos magníficos que a su vez nos dan la clave —un malicioso cordero que se disfraza de lobo para su placer— de su autor. El resultado de un primer texto (“La trompeta”, 1941) que reveló tanto la imaginación desinhibida como el poder fabulador de un nuevo gran cuentista de la literatura mexicana, *La música por dentro* mereció el premio al mejor libro de cuentos del año, según un jurado compuesto por Alfonso Reyes, Francisco Monterde y Martín Luis Guzmán.

El reducido pero atractivo acervo cuentístico de Solana se complementa con *Los santos inocentes* (Génesis, 1944), *El crimen de tres bandas* (relato de tema policiaco, con prólogo de Enrique González Casanova, Costa-Amic, 1945, colección Lunes), *Trata de muertos* (Génesis, 1947), *El oficleido y otros cuentos* (Libro-Mex, 1960); todos estos textos recopilados a su vez en *Todos los cuentos de Rafael Solana* (Oasis, 1961). En el cuento también ha dejado una huella imperecedera:

Cuando se afirma que Rafael Solana es sobre todo un cuentista, se alude a que se reconoce en él al maestro que maneja a la perfección los secretos del género, así como su inclinación por el tratamiento directo y a la vez sugerente de un asunto. ¿No podrían considerarse como cuentos los primeros capítulos de su novela *El sol de octubre*, o los de *La casa de la Santísima* y algunos de *El palacio Maderna*? [...] Las cualidades sobresalientes en los cuentos de Rafael Solana son el sentido del humor en varios grados de intensidad, satírico e irónico pero raramente amargo, y la prolijidad descriptiva. Experiencias de provechosos viajes, de numerosas lecturas, de estudios sobre arte en general y sobre música en particular, han sido ampliamente aprovechadas en las obras narrativas de Solana [...] Lo que mantiene vivo, a una distancia de treinta años, el interés de estos cuentos es, más que el valor sensible y evocador de una época, la habilidad del escritor que, sin perder el ritmo, la agilidad, la gracia intencionada, logra que el contexto erudito se incorpore al texto y se fundan los tres elementos en un todo congruente en que la realidad

aparece ligeramente distorsionada en favor de la antiolemonidad, y la información tonificada con la agudeza...<sup>5</sup>

Y, efectivamente, después vino la novela, que en su caso dominó la década siguiente de los cincuenta. La primera de ellas, *El sol de octubre* (FCE, 1959), ha sido considerada indispensable en lo que a la narración citadina mexicana respecta, y junto con *Casi el paraíso* de Luis Spota y *La región más transparente* de Carlos Fuentes marcó toda una época de nuestra novela urbana. Tal presencia del Solana novelista se reafirmó con *La casa de la Santísima* (Oasis, 1960), sin duda la obra maestra de este ecléctico polígrafo dentro del género:

Situada entre *El sol de octubre* y *El palacio Maderna*, *La casa de la Santísima* (1960) es una novela urbana que reconstruye la ciudad que fue gradualmente perdiéndose. Una especie de memoria literaria que nos deja ver cómo era el Distrito Federal hace alrededor de sesenta años. Todavía con aires provincianos, de proporciones modestas, pequeña en su número de habitantes, Solana la usa como escenario de una tragedia [...] *La casa de la Santísima*, como toda gran novela, tiene varias lecturas. Confieso que la primera vez que la tuve en mis manos, los momentos amorosos me cautivaron a grado de considerarla una obra de fino erotismo, como lo es *Madame Bovary*. Luego, con más atención comprendí que el drama —porque lo es— alcanza dimensiones épicas pese a la modestia de sus protagonistas: estudiantes, maestros, incipientes prostitutas, gente de barriada [...] En la línea de *Santa* de Federico Gamboa, *La casa de la Santísima* es uno de los aciertos de la literatura nacional. Obra en prosa narrativa de un autor que básicamente se ha considerado dramaturgo, pasa a formar parte de una novelística donde el rigor, la fuerza de la historia, la estructura vigorosa, son el punto de partida para muchos otros grandes libros que surgirán después de 1960...<sup>6</sup>

Rafael Solana cerraría su herencia narrativa con *El palacio Maderna* (Oasis, 1960), *Las torres más altas* (Oasis, 1969), *Vientos del sur* (Oasis, 1970), *Juegos de invierno* (Oasis, 1970), *Bosque de estatuas* (Federación Editorial Mexicana, 1971) y *Real de Catorce* (Grijalbo, 1979), en donde se conjugan el sabio y sensible estilista con el dotado artífice que describe y articula espacios, situaciones, atmósferas, personajes, entramados dramáticos, con la aparición intermitente y notablemente imbricada del poeta profundo, el cronista agudo, el dramaturgo incisivo, el ensayista perspicaz, el crítico constructivo y sobre todo el humanista incansable.

<sup>5</sup> María del Carmen Millán, *Antología de cuentos mexicanos, I*, segunda edición, Nueva Imagen, México, 1977, pp. 173-174.

<sup>6</sup> René Avilés Fabila, “La casa de la Santísima... A Rafael Solana en sus 75 años”, “El Búho”, *Excelsior*, México, domingo 10 de agosto de 1990.

En el terreno de la crítica literaria, que cubrió prácticamente todos los acervos latinos, además de la teutona y la inglesa, que por supuesto leía en sus propias lenguas, se encuentran los amplios ensayos “Leyendo a Loti” y “Leyendo a Queiroz”, reunidos en un solo volumen, junto con otro texto de investigación musical (“Oyendo a Verdi”, pues la ópera fue otra de sus grandes pasiones), editado por el Fondo de Cultura Económica: *Musas latinas* (1969). Estos exhaustivos e inteligentes estudios se complementaron con *Leyendo a Maugham*, que dio a la luz en edición personal (1980), más el sinnúmero de prólogos y ensayos complementarios, en su mayoría para “Sepan Cuantos...” de Porrúa, a publicaciones de la obra de Pierre Loti, Charles Dickens, Honorato de Balzac y Molière, entre otros.

Para el teatro, que constituyó otra de sus grandes e inaplazables pasiones, y vio como simple espectador, crítico e incluso hacedor (presidente de la Unión Nacional de Autores, vicepresidente de la Sociedad General de Escritores de México, secretario general de la Federación Teatral y presidente de la Unión Mexicana de Cronistas de Teatro y Música y de la Asociación Mexicana de Críticos de Teatro), escribió cerca de treinta comedias. Además de la mundialmente conocida *Debiera haber obispas* (1954), que se ha traducido a cerca de 18 lenguas y representado en más de cuarenta países, se estrenaron *Las islas de oro* (1952), *Estrella que se apaga* (1953, publicada originalmente como cuento en *El Hijo Pródigo*, en 1946), *La ilustre cuna* (1954), *Lázaro ha vuelto* (1955), *El arca de Noé* (1965), *La edad media* (1955), *A su imagen y semejanza* (1957), *El círculo cuadrado* (1957), *Ni lo mande Dior* (1958), *La casa de la Santísima* (1960, versión teatral de la novela homónima), *Espada en mano* (1960), una segunda versión de *A su imagen y semejanza* (1960), *Ensalada de Nochebuena* (1963), *El día del Juicio* (1965), *Tres desenlaces* (1968), *Los lunes salchichas* (1972), *Carnes frías* (1975), *Camerino de segundas* (1977), *Pudo haber sucedido en Verona* (1978), *Cruzan como botellas alambradas* (1980), *Son pláticas de familia* (1989) y *Las cuitas del joven Vértiz* (1990), entre otras. Muchas de estas comedias, que fue el único género dramático por él abordado, dado su carácter afable y su particular bonhomía, se publicaron además de haber sido estrenadas:

Lo mismo que en sus relatos y cuentos, Solana huye de lo dramático, de esa manía de convertir en melodrama o en una prosa de exclamaciones e interjecciones, lo que puede ser visto —y es la vida entera, regida por la imaginación y el humor— desde el ángulo ridículo, satírico, gracioso, alegre. *Debiera haber obispas*, fruto ya maduro, transpor-

<sup>7</sup> Luis G. Basurto, “Prólogo”, *Debiera haber obispas y otras comedias*, de Rafael Solana, Teatro, Editores Mexicanos Unidos, 1985.

© Archivo de Eugenia Huerta



Javier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Efraín Huerta y Rafael Solana, c. 1940

ta no sólo las costumbres sino la comedia misma, a una temperatura de farsa “clásica” [...] Rafael Solana fue el primer autor, después del maestro Rodolfo Usigli —grande de nuestra escena nacional, mundialmente conocido—, que cultivó la farsa y la comedia como género muy olvidado por otros autores que prefirieron, en el mejor de los casos, la pieza dramática, cuando no el melodrama [...] A Rafael Solana no parece haberle preocupado nunca dar este testimonio en lo social ni en lo político, ni siquiera en lo moral. Y sin embargo, burla burlando, juega jugando, podemos percibir en el trasfondo de algunas de sus comedias alegres y desenfadadas, escritas con gracia y aparente frivolidad, un reflejo de defectos e incongruencias humanas que no ataca de frente, pero que satiriza. ¿Y no es ésta, también, una forma de denuncia, aunque vedada?...<sup>7</sup>

Quien murió (1992) con la pluma en mano o, en el mejor de los casos, con los dedos en la Oliver 5 que heredó también de su padre, fue entre otras muchas cosas un viajero incansable, de lo cual dio razón su *Momijigari... o crónicas de un viaje al Japón* (Oasis, 1960), y en su quehacer periodístico, que asumió siempre y a mucho orgullo, tuvo la lúcida precaución de escribir las colaboraciones que saldrían hasta el día de su muerte, previendo que, a raíz de una por fortuna no prolongada agonía (“Para quien tiene la conciencia tranquila”, le había escrito Fernando Vallejo en la dedicatoria de una de sus novelas de *El río del tiempo*), estaría dos semanas en estado de coma: “Escribir o morir...”. **U**

Texto incluido en el libro *Rafael Solana. Escribir o morir*, reeditado por la Universidad Veracruzana y la UAM Xochimilco, en el centenario del nacimiento de este valioso polígrafo veracruzano (1915-2015).